

La conferencia de Enrique García-Máiquez en el Congreso de Familias y Docentes Católicos de la Fundación Educatio Servanda propuso una idea tan contracultural como fértil: la educación necesita volver a hablar de nobleza de espíritu

Desde el propio título de su presentación, **“Educar en la nobleza de espíritu”**, la ponencia se movió en ese registro, recuperar una palabra sospechosa para convertirla en una respuesta educativa de fondo.

García-Máiquez partió de una constatación cultural muy concreta. La sociedad contemporánea habla mucho de igualdad, pero no ha dejado de ser jerárquica; simplemente corre el riesgo de ser gobernada por una **“jerarquía inversa”**. El problema no sería que existan modelos altos, sino que falten modelos altos de verdad. Por eso citó expresiones como la **“invasión vertical de los bárbaros”**, el “exilio de las élites” o la necesidad de volver a una ética aristotélica del perfeccionamiento moral. Su preocupación de fondo era educativa.

Una sociedad no puede sostenerse si deja de proponer formas nobles de vida y si ya no sabe distinguir entre lo admirable y lo degradante.

En ese marco, la conferencia defendió algo muy interesante, aunque hoy hablar de nobleza pueda sonar **aristocratizante o snob**, esa sospecha no invalida el concepto. Al contrario, precisamente porque la cultura contemporánea tiende a desconfiar de todo lo elevado, tal vez convenga insistir más en ello. García-Máiquez no se resignó a un ideal educativo mínimo, funcional o puramente competencial.

Frente a eso, propuso educar para la altura, para la finura moral, para una forma de excelencia que no consiste en sobresalir socialmente, sino en vivir con decoro, gratitud, verdad y valentía.

Uno de los núcleos más originales de su intervención fue la reivindicación del **hidalgo** o del **caballero** como figura pedagógica. La presentación llega a afirmar que **“el tipo humano del máximo afán de España es el Caballero”**, y lo hace no como una excentricidad literaria, sino como una intuición antropológica y moral.

El caballero representa una forma de persona que no vive a ras de suelo, que se siente heredera de algo, que cuida las formas porque cree en el fondo, que tiene palabra, que sabe agradecer y que considera que hay cosas que simplemente **“no haría un caballero”**.

Esa expresión, tan clásica, le servía a García-Máiquez para resumir el valor educativo de una moral no reducida a normas externas, sino interiorizada como estilo.

La defensa de esta nobleza de espíritu se apoyó en una serie de **“ventajas evidentes”**. Entre ellas, señaló su antigüedad —que remonta al menos a **Sócrates**—, su sólida tradición filosófica, literaria y teológica, y su capacidad para movilizar energías del alma mediante símbolos, mitos e imaginación. Pero quizá las más importantes fueron otras dos: primero, que pone el acento en la **transmisión familiar**; y segundo, que nace del **agradecimiento** y de la conciencia de deuda hacia los mayores.

Frente al individuo meritocrático que se cree hijo de sus éxitos, el hidalgo de espíritu se reconoce **hijo**, heredero de unos padres, de una lengua, de una tradición y de una casa.

Por eso la conferencia insistió tanto en la **herencia**. En una de las diapositivas, Enrique García-Máiquez despliega casi como un poema las **“leyes de la herencia”**: del abuelo, del padre, de la madre, del linaje, de la fe, de la forma de querer. Lo importante no es solo lo biológico, sino también lo moral y lo simbólico, qué se transmite, qué se recibe, qué manera de estar en el mundo pasa de una generación a otra.

El conferenciante sugirió así que **la educación verdaderamente profunda no empieza en una teoría pedagógica, sino en una conciencia viva de pertenencia**.

El niño que sabe de dónde viene tiene más posibilidades de saber quién es y hacia dónde debe ir.

Esa pertenencia, además, no anula la libertad, sino que la hace posible. En este sentido, García-Máiquez contrapuso la nobleza al **egodalgo**, es decir, al sujeto contemporáneo que se da a sí mismo su valor y que vive encerrado en la ficción de que todo empieza con él. El hidalgo de espíritu, por el contrario, no necesita compararse obsesivamente, porque su orgullo no depende del ranking, del dinero o del éxito. Hay en él una especie de humildad orgullosa: sabe que ha recibido mucho y quiere estar a la altura de lo recibido. Incluso cuando habla de la **“justa violencia”** o de la necesidad de defensa en **“un mundo muy blando”**, no lo hace en clave agresiva, sino como

reivindicación del carácter, de la fortaleza y de la capacidad de proteger lo valioso.

Ahora bien, **¿cómo se educa en esa nobleza?** Aquí la conferencia descendió de los principios a la pedagogía concreta.

Una primera respuesta fue: mediante la **narratividad**. García-Máiquez citó la célebre idea de que los cuentos de hadas no dan al niño su primera idea del mal, sino su primera idea de que el mal puede ser vencido. El dragón ya está en la imaginación infantil; lo que aporta el cuento es un san Jorge que lo mate.

Por eso defendió la importancia de los relatos, de la literatura, de las novelas y también de las **historias de los abuelos**, que hay que contar y dejar que se cuenten.

Las narraciones transmiten modelos, símbolos, estructuras morales y un sentido de continuidad que la educación no puede perder.

Otra gran vía pedagógica es el **legado** hecho visible. La presentación habla de fotos, objetos, matrioskas, memoria familiar, cosas que se dicen en casa y que ayudan a percibir que uno viene de lejos.

No se trata solo de conservar recuerdos, sino de hacer inteligible el pasado como una herencia viva.

En esa línea, la conferencia subrayó el valor del **entusiasmo** y de cierta **ingenuidad** originaria como disposición educativa: hay que enseñar a mirar con agradecimiento, con admiración y con apertura, no solo con distancia crítica.

La nobleza de espíritu no nace del cinismo, sino de la capacidad de asombro y de la disposición a reconocer algo bueno y digno más allá de uno mismo.

La **familia** ocupó un lugar central en toda la ponencia. García-Máiquez llega a escribir: **“Familia, ¡hasta la política!”**, dando a entender que la primera escuela de nobleza no es el Estado ni la ideología, sino la casa. Allí se aprende a **comer en la mesa**, a convivir entre generaciones, a tratar con primos, tíos y abuelos, a quedar, a saber, a recordar. Los primos aparecen en una fórmula especialmente feliz: son **“lo mejor del hermano, lo mejor del amigo”**.

Es decir, la familia ensancha el yo, introduce al niño en una red concreta de relaciones donde la pertenencia no es asfixiante, sino humanizadora.

La mesa compartida, además, reaparece como lugar donde se transmite algo más que alimentación: estilo, conversación, jerarquía, afecto y continuidad.

Muy sugerente fue también la idea de la familia como espacio de **“fueros”** o de **“soberanía familiar”**. Cada familia, vino a decir, necesita normas propias, usos, estilos, pequeños rituales y formas particulares de ordenar la convivencia. Eso no aísla, sino que educa. Incluso la diferencia entre padre y madre aparece insinuada como riqueza de roles y de autoridad. Para García-Máiquez, esta microjerarquía familiar es una **escuela de tolerancia** y de realismo, uno aprende a vivir con otros no porque sean perfectos, sino porque son los suyos.

El **nombre propio** fue otro de los elementos tratados con hondura. La presentación recuerda que el bautismo da la última individualidad, y alude al peso de los santos, de los nombres familiares, de los cumpleaños, de las celebraciones. Nombrar bien es reconocer a alguien en una historia y en una vocación. No somos individuos abstractos; somos personas concretas, llamadas por un nombre y situadas en una trama de amor y memoria. En esa misma línea, la conferencia defendió el valor del **rito**. Una de las diapositivas resume la idea con enorme belleza: **“El rito es un tiempo ennoblecido. Los días de fiesta son la aristocracia del calendario”**.

Educar en la nobleza exige, por tanto, ritualizar el tiempo, crear fiestas, tradiciones, costumbres y solemnidades domésticas y escolares que eleven la vida cotidiana.

De ahí la importancia de las **tradiciones de fabricación propia**. No todo tiene que venir dado desde fuera; también las familias y los colegios pueden crear sus propios ritos, sus fiestas, sus maneras de celebrar. La presentación menciona incluso la **fiesta de san Juan Pablo II** y la pertenencia a ciudad, colegio, deportes o clubs como formas de orgullo bien entendido. Es un orgullo de pertenencia, no de superioridad.

Un niño necesita saber que forma parte de algo valioso para poder desarrollar esa mezcla de gratitud, autoestima sana y deseo de estar a la altura que constituye la nobleza de espíritu.

La conferencia desembocó finalmente en una reivindicación muy neta de la **veracidad**. Aparecen expresiones como **“Nosotros los veraces”**, **“Palabra de samurái”** y la idea del futuro como compromiso de la palabra dada. La nobleza de espíritu se juega mucho en el habla: en decir la verdad, en sostener la palabra, en no usar el lenguaje para manipular o simular. Y aquí García-Máiquez formuló quizá su pasaje más

programático, citando que a los hijos hay que enseñarles **no las pequeñas virtudes, sino las grandes**: no el ahorro, sino la generosidad y la indiferencia respecto al dinero; no la prudencia temerosa, sino el valor; no la astucia, sino la franqueza; no el deseo del éxito, sino el deseo de ser y de saber.

En el fondo, lo que Enrique García-Máiquez propuso fue una educación que no se conforme con evitar males, gestionar emociones o producir rendimiento, sino que aspire a **ensanchar el alma**.

Educar en la nobleza de espíritu significa formar personas capaces de admirar, agradecer, decir la verdad, guardar formas, sostener vínculos, vivir con rito, recibir un legado y estar a la altura de él. Significa enseñar que la grandeza humana no está en el narcisismo ni en la exhibición, sino en una mezcla de humildad, honor, pertenencia y alegría. No es una propuesta ornamental, sino profundamente práctica: una pedagogía del estilo moral, de la dignidad cotidiana y de la vida bien llevada.

Y, como última clave, la propia presentación lo remacha con sencillez: esta educación se transmite **“inmejorablemente con el ejemplo”**. Ahí está quizá la verdad última de su conferencia. La nobleza no se enseña solo con conceptos, sino con padres, maestros y adultos que la encarnen. Solo así puede dejar de ser una palabra rara para convertirse otra vez en una meta educativa deseable.

Redacciòn de forumlibertas.com